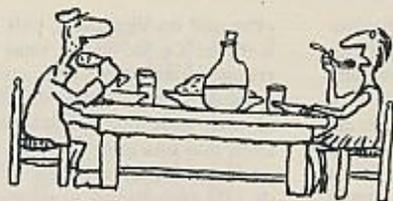
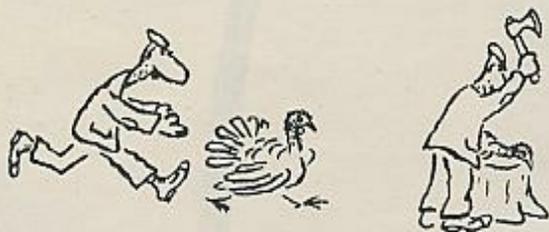


BOSC



BOSC

ESFINGES DE PIEL ROJA

sertores bolivianos, el plan podría haber tenido pleno éxito, sobre todo debido a las características de la zona de Nacahuazu, auténtica fortaleza natural. Hay también quien achaca el fracaso al hecho de que los comunistas de confesión soviética retirasen el apoyo prometido en el último momento.

Pero en nuestra opinión, el fallo está en que el «Che» Guevara intentó la conquista de la inmensa Bolivia con el mismo espíritu de heroísmo individual y absurdo con el que Cortés, siglos atrás, intentó (y consiguió) la conquista del inmenso México. También el «Che» quemó sus barcos; y no es pura casualidad el que en el último comunicado del ELN se dijese: «¡Victoria o muerte. Volvemos a las montañas!». Naturalmente, Cortés, Pizarro y los demás conquistadores eran unos aventureros de otra época, mientras que el «Che» Guevara era un revolucionario moderno. Pero el punto de semejanza entre ellos es esa particular forma de heroísmo consistente en intentar lo imposible por amor precisamente a esa imposibilidad. Ernesto «Che» Guevara conocía muy bien Bolivia, porque había pasado allí bastante tiempo; sabía que la revolución castrista sería difícil de trasplantar a ese país. Pero precisamente por eso lo intentó. Quizá actuaban dentro de él arquetipos ancestrales. Hernán Cortés había conquistado un imperio con pocos hombres y pocas armas; el «Che» quería hacer lo mismo con todo un continente. Sin embargo, el «Che» venía de lejos, y su empresa, aunque apoyada por la racionalidad francesa de la teoría de la violencia armada desencadenada en el interior de la violencia ideológica que Régis Debray ha expuesto en su ensayo «¿Revolución en la revolución?», su empresa, repetimos, por desprecio de la realidad, desafío a lo imposible, heroísmo individual, dureza para con sí mismo y los suyos, puede compararse sólo a las que cuatro siglos antes habían permitido a un puñado de españoles someter a toda la población india de América. Ernesto «Che» Guevara quería compensar a los infelices indios de los daños que les habían infligido sus antepasados blancos, y quería hacerlo liberándolos; pero, al parecer, es más fácil someter a los hombres que liberarlos. El heroico Cortés triunfó; el heroico Guevara ha fracasado.

En el día de San Ernesto

Un artista tiene éxito cuando escribe un buen libro, cuando pinta un bonito cuadro: el éxito

material no cuenta para nada. Pero un político tiene éxito sólo —y permítasenos la perogrullada— si tiene éxito. El «Che» no tuvo éxito como político; Fidel Castro, por el contrario, sí lo tuvo. Pero hemos dicho que el «Che» no era un político, sino un héroe. Y los héroes, a diferencia de los políticos, pueden tener éxito muriendo.

La muerte de Ernesto «Che» Guevara ha sido más eficaz que su acción, más convincente que sus libros, más conseguida que su vida. Al mito de Castro se ha sumado así el mito del «Che». Un mito que tiene ya su iconografía propia: el «Che» con su boina de comandante guerrillero; el «Che» muerto, desnudo hasta la cintura, barbudo, con largos cabellos y con los ojos vitreos y una sonrisa en los labios, muy semejante a los Cristos afligidos de las iglesias de Yucatán y de Guatemala, de cera o de madera pintada, pero con barba y pelo auténticos. Ahora se plantea la pregunta: ¿Son útiles, son necesarios los héroes? ¿Son útiles, son necesarios los mitos que provocan, los modelos que sugieren?

Desde un punto de vista histórico, precisamente porque América latina es un continente que lo han hecho y deshecho individuos heroicos, y a pesar de ello sus pueblos siguen estando entre los más infelices del mundo, se diría que no. ¡Cuántos héroes en las revoluciones sudamericanas, empezando por los precursores mexicanos, todos debidamente pasados por las armas! Y, por el contrario, ¡qué raros son los hombres como Castro, es decir, políticos que son, al mismo tiempo, hombres de acción, pero con un valor no desprovisto de realismo! No obstante, es inútil hacerse preguntas semejantes que, en el fondo, dan a entender que la realidad debería ser diferente de lo que es. Latinoamérica es un continente de tradición española, es decir, individualista. No es simple casualidad que los únicos que poseen un espíritu comunitario son precisamente los indios, es decir, los «objetos», que, en realidad, deberían ser «sujetos». Pero el «Che», quizá, con su muerte, podrá atraer a los indios que no pudo atraer mientras vivía.

Ya han notado la misteriosa coincidencia de que el presidente Barrientos, que, al parecer, fue el que ordenó la ejecución del «Che», muriese en accidente de helicóptero, precisamente el día de San Ernesto. No queda más que esperar. Pero si la revolución llega a realizarse, será una revolución que tendrá más que ver con el romanticismo libertario e individualista del «Che» que con la racionalidad de Régis Debray.

■ ALBERTO MORAVIA.

© "L'Espresso"-TRIUNFO 1970.